

Los médicos y las artes en el siglo XIX

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA*

Se me ocurre una manera indirecta de exponer la historia de la medicina mexicana que consiste, no en estudiar esta historia en la propia experiencia médica, sino en dar noticia de algunas expresiones donde se puede investigar al mismo médico, su cultura y manera de pensar.

Comenzaré este plan por exponer algunos datos de la historia del arte, en particular aquella que se desarrolló en los primeros años del México independiente, y al hablar del arte de esa época, iremos de lo general a lo particular, hasta llegar a ciertas biografías que nos darán un sentido más fino y penetrante de la relación, cultura y medicina que queremos demostrar.

Existe una historia de las sociedades que entienden y se deleitan con el arte, un desarrollo de la cultura artística debido a que el hombre ha logrado mayores aptitudes en su sensibilidad y percepción, pero la historia del arte no desarrolla ni multiplica sus valores estéticos, los cuales permanecen constantes.

Al hablar de México y la historia del arte, recordamos que al estallar la lucha por la Independencia del País, la Academia de San Carlos impuso el arte neoclásico y destruyó moral y materialmente la tradición barroca. Notorio es que 1810, fue el mismo año en que se inauguró la pintura de la cúpula de la Catedral Metropolitana, realizada por Ximeno y por tanto se concluyó una de las obras de mayor interés arquitectónico levantadas por Tolsa. Una serie de edificios neoclásicos se terminaron en torno a la Independencia y el nuevo

arte, en pugna con la tradición inmediata, pronto fue aceptado por el movimiento insurgente como señal de cambio hacia la modernidad. México independiente nació bajo el signo del arte neoclásico, primera forma de expresión del romanticismo, en adelante fue el clasicismo la norma y el ideal artístico del siglo XIX.¹

Para esta evolución habrá que tomar en cuenta el desarrollo ideológico de aquellos años: Encontramos que el liberalismo trascendió a todo el siglo, aunque tuvieron adeptos otras corrientes del pensamiento; como el sensualismo, las ideas provenientes del Locke y Bentham y el materialismo, bien conocido en México desde 1835, que se opuso al romanticismo, e hizo presa de algunas destacadas conciencias.

En cuanto al arte, después de la consumación de la Independencia sufrió años difíciles de verdadera decadencia hasta la reorganización de la Academia de San Carlos en 1843 en que bajo un importante plan gubernamental las artes debían colaborar con el progreso del País. Surgió entonces un débil y sentimental academismo romántico, naturalista e idealista que llevó las expresiones artísticas hacia temas religiosos del antiguo testamento; expresiones que tiempo después fueron substituídas por el realismo y el costumbrismo. Al enfatizar el sentido naturalista del arte, basado en los sentimientos, se dio pie al arte romántico que habría de ser fuente de expresión en la primera mitad del siglo pasado. En el romanticismo, se manifestó la diferencia entre los deseos del artista y las exigencias de la sociedad. El romanticismo fue un rechazo a la rutina y la realidad diaria por parte del artista, como si la actividad creadora compensara el gusto perdido por la vida. Desde el período romántico, los artistas adquirieron una actitud en la que el arte no podía ser una profesión, pues en vez de describirla y analizarla, debía de aprovecharse plenamente.

El arte y la vida fueron concebidos como un mismo

*Académico numerario. Jefe de la oficina de Bibliotecas y Divulgación Médica. Instituto Mexicano del Seguro Social.

proceso. Desde entonces viene la idea de que el origen del arte se encuentra en la patología, en las deficiencias fisiológicas y anatómicas, de que los artistas son neuróticos y aunque la mayor parte de las veces, al artista se le ha considerado extravagante, desde el romanticismo esta cuestión se agravó cuando además de extravagante, el artista dotado de un sentimiento de inutilidad, se convirtió en un contricante de la sociedad que no lo comprende ni escucha; y con ese afán, el artista hizo uso de ciertas experiencias de la vida. La enfermedad, el infortunio, la autocompasión y el masoquismo, formaron parte de su inspiración creativa.

La aventura romántica poblada de emociones, expresiones, agresividad; influyó en la vida, hasta convertirla en un teatro de fantasías o leyendas y más que una vida de realidades parecía de caprichos, donde todas las cosas merecían un interés inusitado.

El romanticismo pleno de exacerbaciones del sentimiento y provisto de armas, letras y emociones, agitó entonces, a los intelectuales mexicanos, e influyó en sus vidas hasta convertirlas en ensueños y leyendas, haciendo de las fantasías una realidad. Las profesiones y su vida cotidiana adquirieron un ropaje artístico e incluso las discusiones más científicas tomaron un aspecto de hazaña, los artistas y los médicos convirtieron su vulgar existencia en una fantástica aventura, envuelta de maravillosa luminosidad, y adornada de interpretaciones épicas.²

Voy a ofrecer tres imágenes médicas que ayuden a describir estas intenciones románticas de la realidad. Dediquemos unos minutos al doctor Manuel Carpio,³ hagámoslo no en el sentido médico, sino como poeta. Perteneció a esos pseudoclásicos, fue un torpe aficionado que tuvo a bien escribir la biblia en verso. Los versos de Manuel Carpio son simples y disonantes.⁴ Tuvo la cualidad de ver la medicina con un sentido artístico, pero sin la profunda admiración que esto requiere.

Carpio se asombraba de todo; de las causas y efectos naturales, del número infinito de estrellas, del más allá, de la redondez de la tierra y como si tuviese un sólo sentido de la naturaleza, era monotemático y sólo hablaba de astronomía. Quizás sus poesías bíblicas fueron mejores pues con ellas hizo una narración obvia que sirvió de enseñanza, pero a pesar de su inferioridad como poeta, gozó de popularidad, tal vez por las enumeraciones y descripciones detalladas que hizo en su poesía.

Carpio, bajo un sentimiento científico romántico basado en el sensualismo de Condillac, no pudo comprender la inspiración del poeta y hubo de trasladarse a la pequeña descripción como sucede en su verso donde narra el lugar donde apareció la virgen de Guadalupe:

Junto al trémulo lago de Texcoco
Se levanta tristísima colina,
donde no nace ni el ciprés flotante,
el cedro eterno o silbadora encina.
Allí las fuentes blandas y serenas
jamás regaron con sus aguas puras
los peñascos y estériles arenas:
terreno seco, polvoroso y triste,
donde el insecto vil se arrastra apenas.

o su descripción del paisaje americano donde expresa algunos atinados versos de la vitalidad descriptiva:

Crecen los espinosos limonares
bajo los tamarindos bullidores,
y en torno brotan delicadas flores,
y en torno silban anchos platanares.

.....
En el desierto grave y silencioso,
entre sus melancólicas palmeras,
se deslizan las víboras ligeras,

.....
Juega aquí la zarceta, y entretanto
el ánsar con estrépito se baña,

.....
Mil pájaros acuáticos azotan
con sus alas la espléndida laguna,

.....
Las espadañas con sus verdes picas
al fresco viento lánguidas se mecen.

Con Carpio afirmamos ese deseo de unir la poesía y la medicina, como si ambas fuesen experimentos de laboratorio; pero no olvidemos que las diferencias entre medicina y poesía están en sus protagonistas, ya que el médico es un inquieto observador que no participa en el experimento poético; mientras que el escritor forma parte del mismo experimento, siendo a la vez observador y fenómeno observado.

A pesar de introducir en la medicina mexicana los conocimientos fisiológicos inspirados en Bichat, y Magendie y luchar contra las exageraciones creadas por las teorías de Brown y las ideas de Broysais; el doctor Manuel Carpio fue corto ante el romanticismo literario de su tiempo.

Pero al hablar de la significación romántica en algunos médicos mexicanos, habremos de recordar al doctor Aniceto Ortega.⁵ En él convivieron el rigor científico y la musicalidad.⁶ En su trabajo erador descubrimos un romanticismo instintivo y tardió que se rectificó y depuró en el ambiente europeo. No obstante, que desde muy pequeño estuvo en contacto con la música, la obra de Ortega maduró en París y fue entonces cuando su romanticismo musical, preocupado por indagar los comienzos de nuestra música, optó por el camino nacionalista.⁷

En esos tiempos entre los más asiduos concurrentes a la casa del compositor mexicano Don Tomás León, estaban: Aniceto Ortega, el Doctor José Ignacio Durán entonces Director de la Escuela de Medicina y el Doctor Eduardo Liceaga que más tarde, a fines de siglo, sería la figura médica más importante del País. De esas tertulias surgió un *Club Filarmónico Mexicano*, que se convirtió en la *Sociedad Filarmónica de México*; de allí nació una Escuela de Música y por consecuencia el *Conservatorio de Música y Arte Dramático*. El Doctor Aniceto Ortega encabezó la junta que fundó el Conservatorio. Todo sucedió en 1866 y al cabo de dos años encontramos a Ortega y Liceaga como organizadores de las cátedras de composición y acústica en la Escuela de Música.

No me es dable añadir un solo atributo más, al acabado retrato que otros autores han hecho de este famoso médico. Ortega es inolvidable; fue de los últimos médicos mexicanos que cruzaron el romanticismo.

Y aquí nos detenemos: a grandes rasgos seguimos la biografía musical de este hombre pero sería solamente una figura, si no indagamos el punto donde se acumulan nuestras dudas.

No estamos seguros de que la medicina deba a la música algo de su desarrollo, tendríamos que hablar de aptitudes y los dos campos son muy absorbentes. Los médicos no podemos permitirnos el tiempo que la música requiere para un adecuado ejercicio; y al revés, al músico le es difícil detener su disciplina en deliberaciones clínicas. Quizás en cuestión de aptitudes el músico las tiene más arraigadas. El músico desde su infancia aprende, practica, ejecuta y compone la música; no así el médico cuya reacción se forja por un interés caritativo, su personalidad filantrópica y su constante indagar. Se conjugan en él, las mismas etapas históricas de la profesión médica, y para ello, son el tiempo y la experiencia lo que fortalece esta vocación. Se puede asegurar que la profesión médica constituye un obstáculo en la producción musical, como también suele serlo el desarrollo de la personalidad.

Nace el músico y se forja el médico, por esto encontramos muy pocas concurrencias de la medicina con la música. En la mayor parte de los casos la música del médico se reduce a un escape, a llenar sus tiempos de ocio, a cultivar su sensibilidad. Algunos médicos que gustan de la música, al escucharla se conforman con la crítica y la interpretación. Ya lo sabemos, por obra y gracia del tiempo: el médico se ha convertido en un magnífico intérprete de la música, más no su mejor compositor.

Lo anterior no implica que todos los médicos músicos hayan sido músicos malos ni médicos mediocres, el caso es que son pocos los ejemplos que demuestran esta dualidad y por tanto impiden generalizar. En la historia de la música, hallamos algunas, muy pocas coincidencias. Sabido es por todos que Alejandro Porfirievich Borodin, médico militar y profesor auxiliar de Química en la Academia Imperial Rusa de Medicina, tocaba bien el piano y el violoncello. Lo atestigua su música de cámara, tiene entre sus composiciones poco conocidas una melodía árabe y una serenata española para piano a cuatro manos. Es curioso pero en su estilo lo que glorificó a Borodin fue su ópera "El Príncipe Igor", tal parece que los médicos compositores aprovecharan este género para expresar mejor su sensibilidad. Menos conocido es el caso de Pedro Vellones, médico francés que supo combinar su profesión con las exigencias de la música, podríamos asegurar que se trata de un caso raro de médico que se convirtió en compositor profesional sin abandonar la medicina.

Los ejemplos son escasos e incompletos, pues resulta que al revisar las biografías de médicos músicos, los menos terminaron sus estudios y en un siguiente renglón tendríamos a los estudiantes de medicina que por la música abandonaron su carrera. Así fue Héctor Berlioz, que con el pretexto de estudiar medicina se instaló en París y haciendo caso omiso de la propedéutica dedicó sus horas a la formación musical. No terminó sus

estudios, pero el conocimiento médico se vio reflejado en la música.

Berlioz concibió la orquesta como una *idée fixe*, conceptuó como un inmenso organismo que aprovecha las posibilidades del instrumento para su fisiología. Es probable que el sentido orgánico orquestal que inventó Berlioz tenga mejores efectos en la actualidad, pues los instrumentos han sido perfeccionados y dan mayor brillantez a sus composiciones. Pero pongamos fin a estos breves ejemplos en donde he querido demostrar alguna relación entre los músicos y la medicina, no quiero de ninguna forma hacer comparaciones. Cada personaje pertenece a su tiempo histórico.

Creemos en efecto, que el médico, orillado por su profesión se convierte a veces en intérprete de la música o en último caso en crítico; se conforma con relatar las enfermedades de los músicos famosos, busca las relaciones entre la creación de estos artistas y sus padecimientos. Muchos artículos se han escrito sobre la tuberculosis de Chopin, la sordera de Beethoven, la salmonelosis de Mozart, la esquizofrenia de Schumann o las cegueras de Bach y de Haendel.

Otros autores no satisfechos con esto analizan el personaje médico de las óperas y composiciones musicales: el médico romántico de las óperas de Verdi, el charlatán imaginado por Donizetti, el siniestro doctor *Miracle* de Offenbach, el médico cómico de Rossini: ejemplos todos; de como los compositores trataron a la medicina, como se sirvieron del personaje médico para sacar adelante los melodramas musicales.

Acaso fui superficial, pero en vez de biografíar al personaje, expresé en voz alta las primeras ideas que me nacieron con su mención. El tema no se agota ni con mucho; la imagen de Aniceto Ortega, el médico y músico, nos permite deliberar con creces. De su recuerdo surgen estas y otras opiniones singulares, y naturalmente basta con nombrarlo para que vengan a nuestra memoria sus composiciones: Valses, marchas, romanzas, mazurcas, nocturnos: música para piano. Perdura entre otras su invocación a Beethoven, su Marcha Zaragoza y la ópera que le dio fama, Cuauhtemoczin. Obras; algunas de ellas según sus propias palabras, compuestas en la maternidad, en los intermedios de los partos, e incluso en el coche que le llevaba a visitar a sus pacientes.

En esta época romántica, destacan médicos artistas de diferente categoría y sus obras sirven para reconstruir tiempos y culturas o inculturas.

Pero para seguir y redondear este intento, hablaremos brevemente del doctor Rafael Lucio, el distinguido médico cuyo nombre nos es familiar, el que todavía estudiante del Establecimiento de Ciencias Médicas obtuvo por oposición una plaza de medicina operatoria y, apenas recibido, fue nombrado director del Hospital de San Lázaro donde, precisamente realizó los estudios sobre lepra que le dieron fama.⁸

Nos ocuparemos de esta particular figura médica mexicana, pero no en lo relativo a su actividad médica, lo haremos como especialista y conocedor de arte; Rafael Lucio fue un amante de la belleza y un entusiasta por la pintura y la escultura.

No es posible apartar la competencia médica del gusto por las artes. El ejercicio de la medicina y el de la

pintura se han combinado muchas veces, ya que ambas disciplinas son actividad creadora. Las labores creativas del científico no difieren sustancialmente de las del artista; aunque es verdad que la creatividad del médico se inhibe durante su etapa de enseñanza universitaria y tiene que transcurrir algún tiempo antes de que recupere su sentido creador, pues en ocasiones la educación médica carece de la preparación adecuada que origine en el estudiante un pensamiento fecundo y autónomo; también es verdad que en todo ser creador predomina el sentido de la belleza; los hombres creadores son estetas en esencia, pero la debilidad mayor del médico artista es percibir con facilidad la sensación afectiva que le producen sus contactos profesionales; por eso encontramos médicos que plasman en sus pinturas los ambientes hospitalarios o captan en sus dibujos las expresiones dolorosas de personajes enfermos o las visiones que caben dentro de la medicina.

Muchos médicos artistas guardan enraizadas en su creación un sentido de desviación de la normalidad; el secreto sería encontrar un pintor genial que por casualidad fuese médico, pero la realidad es otra.

Aunque la inquietud por el arte persevera y aumenta, suele quedar relegada a un segundo plano, pues el médico, irremisiblemente, debe dedicarse en pleno a sus enfermos.

Rafael Lucio cultivó su espíritu inquieto con la sensibilidad de médico, y no tuvo el tiempo necesario para expresar y satisfacer su vocación artística; recurrió al coleccionismo y a la crítica de arte como medio para compensar esta frustración. Sus contemporáneos lo juzgaron como un buen conocedor del arte. Su colección artística privada se consideró como la más valiosa que existía en México.

Manuel Domínguez dijo de Lucio: "de genio artístico y hábil apreciador de las obras de arte."⁹; a lo que Francisco Patiño añadió: "Allá, en el seno de su hogar, el sabio desaparecía para ser reemplazado por el artista; en medio de su respetable familia se entregaba a proteger el estudio artístico; poseía las mejores pinturas y esculturas porque era afecto a todo lo magnífico. Las bellas artes, en su conjunto, formaban su ideal, efecto natural y lógico de la bondad y dulzura de sus sentimientos, de la elevación de sus ideas y de su genio progresista..."¹⁰

Adrián de Garay también comentó: "Las bellas artes le cautivan tanto como los goces intelectuales; buen conocedor del verdadero mérito y dotado de un exquisito buen gusto, ha hecho de su casa un verdadero museo de numerosos objetos curiosos e importantes, sobre todo magníficas pinturas; algunas de ellas obra de sus inteligentes hijas, han ocupado un lugar distinguido en las exposiciones de la Academia Nacional de San Carlos"¹¹.

Rafael Lucio vivió tiempos difíciles, hubo de seguir con dignidad el camino trazado por sus maestros: Carpio, Escobedo y Jecker. Tomó parte en las dos grandes creaciones de la medicina mexicana durante aquel romanticismo tardío, estudió en el Establecimiento de Ciencias Médicas y perteneció a la primera Academia de Medicina. Ambas actuaciones expresan el carácter de un médico influido por el romanticismo,¹² pero tal vez gran parte de su interés por las artes, se debió a la

sensibilidad imbuída por su padrastro el doctor Manuel Salas, quien tuvo gran empeño en perfeccionar su educación y procuró enviarlo a centros donde obtuviese una buena cultura general. Las ideas románticas de Lucio se manifestaron al demostrar en sus escritos la búsqueda de la autenticidad como si su inquietud hiciera crisis y al final buscara recrear la creación como esparcimiento.

Rafael Lucio fue un filántropo perfecto, entró en el dilettantismo de su época con un sentido artístico bien implantado. No fue el médico que con medios económicos trató de adquirir un nivel cultural suficiente para hacer extravagancias; tampoco fue el sentimentaloides con actitud de apóstol que cobra su trabajo de manera egoísta pensando en sí mismo como un benefactor o un contribuyente de la caridad; no fue un médico que incluyese toda su idea progresista en la ciencia. Lucio demostró ser progresista tanto en la ciencia como en el arte, mezcló las dos disciplinas. Es indudable que los dos viajes hechos a Europa en 1855 y 1868 le permitieron conocer el progreso artístico de entonces; Lucio se puso en contacto directo con el movimiento romántico y al descubrir a los autores europeos, se dio cuenta de los valores que había en México.

El primer catálogo que se publicó acerca de los pintores del México Colonial se debió a Rafael Lucio.¹³ Su *Reseña Histórica de la Pintura Mexicana en los siglos XVII y XVIII* apareció por primera vez en 1863, en el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, un año después se editó en folleto aislado y en 1889 se hizo una tercera edición.

Se ha querido disminuir la importancia de este ensayo, sin embargo, seguirá siendo el primer catálogo impreso de pintura mexicana.¹⁴

Verdad es que tres años antes (1860-1861), José Bernardo Couto había escrito su *Diálogo sobre la historia de la Pintura en México*, que fuese su última obra, pero se hizo pública hasta 1872, diez años después de muerto su autor.^{15, 16} La obra de Bernardo Couto es más detallada y profunda en sus juicios, pero lo importante es hacer notar la relación que existió entre Rafael Lucio y Bernardo Couto. Rafael Lucio en varias ocasiones mencionó y consultó por sus experiencias a Bernardo Couto; es curioso que los primeros en mostrar interés por difundir el análisis de la pintura mexicana fuesen un médico y un abogado.

El doctor Lucio y el licenciado Couto fueron contemporáneos. En 1852 Bernardo Couto sucedió a Javier Echeverría como Director en la Academia de San Carlos y continuó la obra de este último al renovar y aumentar la corporación. Desde 1855 a 1858 formó la colección de pintura colonial que integró con cuadros de los pintores que aparecen en su *Diálogo sobre la Historia de la Pintura en México*; así pues, Couto propició en la Academia un florecimiento que nunca antes había tenido y, como su buena administración le hizo tener una economía limpia, tanto que era la única institución oficial rica, provocó la codicia de los diferentes regímenes que dominaban entonces al país; Couto advirtió este fenómeno y gastó el dinero en renovar materialmente en todos sentidos a la Academia de San Carlos. A él se debieron las galerías de pintura, escultura y grabado; la galería de pintura colonial y su empeño en con-

tratar maestros europeos de alguna fama.

Mientras tanto Rafael Lucio, absorbido por su trabajo profesional, se dedicaba a examinar la pintura como entretenimiento más que como obligación. Rafael Lucio coincidió con la tarea de Couto y también con Don Javier Echeverría cuando se organizó la Academia y dividió el trabajo de la Institución en: pintura, escultura y grabado; sin embargo, a pesar de estas mejoras, Lucio se quejaba de la pérdida de pinturas que había en las iglesias y en la misma Academia, lamentaba que esta última no se preocupase por salvar dicho tesoro, por ello, él y otros dilettantes de la pintura se dedicaron a estudiar el depósito general de cuadros existentes en el Convento de la Encarnación. Con el análisis de dos mil obras, Lucio, realizó una clasificación a la que añadió sus puntos de vista críticos y publicó a manera de boletín. La relación de pintores que nos dejó el doctor Lucio demuestra un esfuerzo y un gran interés por el arte, pues aunque su reseña es limitada y con poca documentación histórica, debemos pensar que fue hecha en el momento en que nuestro país se reorganizaba y las obras de arte se encontraban dispersas o perdidas. Un verdadero esfuerzo tuvo que hacer el doctor Lucio para reunir los nombres que anotan en su catálogo y muchos cuadros hubo de observar para hacer un juicio claro de cada uno de los artistas, pues nos afirma en su ensayo: "cuando se conoce el estilo propio de un pintor y su manejo del pincel, ésta es una guía casi segura, para no equivocarse, sobre todo cuando se tienen a la vista otras obras ya conocidas de las cuales se puede hacer un estudio comparativo, que conducirá a consecuencias sumamente probables y aún casi seguras". Con esta frase define su posición y demuestra ser muy normado en sus apreciaciones. Para Rafael Lucio eran más importantes los resultados morales e intelectuales que la propia belleza del arte.¹⁷

Como Buen científico deseó que la pintura tuviese un orden y un método; y para justificar su reseña escribió: "Esta empresa es difícil, mis apreciaciones pueden ser inexactas, pero no llevo más objeto que consignar los pocos datos que he recogido para que no se pierdan, y excitar a algunos artistas y aficionados más capaces que yo que fijen su atención sobre esta materia y publiquen sus observaciones, pues todavía hoy existen cuadros que desaparecerán pronto y, cuando ellos falten, será imposible formar juicios sobre la pintura mexicana de esta época, y quedará un vacío en la historia del arte nacional que sería de lamentarse". En su gran interés por la pintura siempre pugnó porque las obras coloniales fuesen clasificadas. Lucio añadió: "Yo desearía que estas pocas obras (refiriéndose a unas obras del señor Bernardo Couto adquiridas para la nueva galería colonial de la Academia de San Carlos) se clasificaran y se tratará de designar a los autores de todas ellas, cosa que si hoy presenta algunas dificultades, con el tiempo será imposible".

Lucio no aceptó la pintura sin reglas académicas, vio en ella inmadurez y tendencias poco definidas, todo su interés lo volcó en los artistas de la Colonia y sobre todo en la pintura religiosa. Al término de su clasificación y sus comentarios críticos, el doctor Lucio nos dice: "Estos son los pintores de los siglos últimos que me han parecido dignos de mencionar, hay otros,

pero de un mérito tan inferior que no he creído deber detenerme en mencionar sus obras".

Hasta aquí nuestro ensayo, restaría condicionar estos ejemplos de nuestro pasado romántico a la historia del presente y preguntarnos ¿por qué el médico se interesa por las artes? Es el campo psicoanalítico el medio más común para descubrir la escurridiza realidad de la creación artística. Dichoso el médico para quien el amor a su profesión, se confunde con el más alto valor estético.

La medicina de hoy se preocupa cada vez más de la neurosis, del mundo afectivo, de factores psicodinámicos. Se llega a la conclusión de que la sociedad actual es neurótica. Los sistemas educativos están empeñados en enseñar a pensar a las gentes, sin tener en cuenta que pensar es un proceso automático y espontáneo que nace con la persona. Tal parece que hoy la educación se opone a que el hombre pueda mejorar su naturaleza, impide que las generaciones transmitan la sabiduría adquirida y por últimos, privan de libertad al increíble potencial creador que existe en cada individuo; advertimos que la educación en nuestras escuelas está abocada a crear la obsesividad que reside en toda neurosis. La multiplicidad de tareas, el autocontrol, las formas semiatómicas, el sometimiento ciego a un tecnicismo pedagógico, horarios absurdos, todo ello acentúan la conducta obsesiva y la neurosis del joven estudiante.

Ante los fenómenos que destruyen la creatividad, el espíritu busca el aislamiento protector, su defensa es la soledad que después se califica de neurosis. Muchas personas tienen la seguridad que la capacidad creadora y cierta desviación psicológica son inseparables, pero pensamos que este fenómeno se puede ver al revés y para dejar de ser neurótico habrá que ser artista.

¿Acaso haga falta un poco de arte para ciertos empeños de la medicina?

Para nosotros los médicos es difícil sostener un equilibrio en la balanza de la ciencia y el espíritu, ¡pero, hay de la ciencia que olvida la integración del espíritu!, creo que todo depende de una voluntad para el arte, lo que importa es fortalecer la profesión.

NOTAS:

1. La lectura del Capítulo "El Esplendor de la Academia y la Organización Nacional" pp. 43-98 de la Historia General del Arte Mexicano Época Moderna y Contemporánea. Ed. Hermes 1964. México; y el documentado ensayo de Justino Fernández "Proceso crítico del Arte Moderno" Siglo XIX (El Hombre) del libro Estética del Arte Mexicano pp. 385-480. Ed. UNAM 1972 México; ofrecen una completa descripción de las influencias artísticas neoclásica y romántica en las primeras décadas de México Independiente.

2. Para obtener mayor información de la medicina mexicana en el período Romántico, recomendamos la lectura del Simposio llevado a cabo en la Academia Nacional de Medicina el 23 de julio de 1969 y publicado en Gaceta Médica de México. Vol. 99 No. 11, noviembre 1969.

3. Manuel Carpio (1791-1860). Médico y poeta. Nació en 1791 en Cosamaloapan, Veracruz. Muy niño pasó a residir a Puebla, donde estudió latín, filosofía y teología en el

Seminario Conciliar. Más tarde empezó los estudios de Derecho, que abandonó pronto para dedicarse a la medicina. Parece ser que en 1819 obtuvo su título de Cirujano Latino en Puebla, y el obispo, ante su aprovechamiento e interés, le concedió una pensión para que estudiara en la Universidad de México. En 1823 obtuvo su grado de bachiller en medicina, habiendo sido discípulo del notable doctor Luis Montaña. En 1832 se graduó de doctor y un año después entró a formar parte del profesorado del Establecimiento de ciencias Médicas fundado en ese año, encargándose de la cátedra de Fisiología e Higiene, en la que desarrolló una importante labor al desterrar las viejas concepciones para incorporar los nuevos conocimientos fisiológicos principalmente inspirados en Bichat y Magendie. Conservó la cátedra hasta el día de su muerte. Fue durante varios años de su vida director del Periódico de la Academia de Medicina de México. También perteneció a la segunda Academia. Fue miembro de la Comisión Nacional de Estudios y Vicepresidente del Consejo Superior de Salubridad. Durante algunos años se encargó de la cátedra de Historia de las Ciencias Médicas. Tuvo actividades políticas, siendo consejero del Gobierno y diputado de Veracruz y del Congreso General.

4. La mayor parte de las poesías de Manuel Carpio fueron publicadas en un libro que reúne casi la totalidad de su obra poética y que editó José Joaquín Pesado en 1849.

5. Ortega del Villar, Aniceto (1825-1875). Médico y compositor. Nació en Tulancingo, Hgo. Estudió en el Seminario Conciliar de México, donde ingresó en 1837. En 1840 pasó a San Idelfonso, y ese mismo año sustentó en la Universidad unas conclusiones públicas con las que obtuvo el grado de bachiller en filosofía. En 1841 ingresó en la Escuela de Medicina recibiendo su título de médico en 1845, y un premio por sus ejercicios prácticos de anatomía. En 1849 marchó a Europa donde permaneció dos años dedicado a estudios obstétricos y clínicos. En 1851 entró a formar parte de la Segunda Academia de Medicina. Durante el Imperio de Maximiliano se presentó y ganó, en 1866, la oposición para Director de la Casa de Maternidad, que compartía con la de profesor de Clínica obstétrica en la Escuela de Medicina. Con la caída del Imperio perdió sus puestos, que recuperó poco después, ya que en 1868 volvió a dar clases de obstetricia, aunque ya no dirigía la maternidad. Volvió en 1869 a Europa donde siguió sus estudios científicos durante un año. Figura entre los más notables obstetras mexicanos del siglo pasado, y formó parte del primer grupo de académicos de la Actual Academia Nacional de Medicina, donde ingresó en julio de 1864. Dejó una reducida pero valiosa aportación escrita en las revistas de las Academias donde figuró.

6. Somolinos, J.: "Homenaje al Doctor Aniceto Ortega". Gaceta Médica de México. 1976. Vol. 112 No. 3 pp. 233-238. México.

7. Para comprender la trascendencia de Aniceto Ortega recomendamos la lectura de las obras:
= Mayer, S.O.: Panorama de la Música Mexicana. Ed. El colegio de México. 1946. México.
= De Grial, H.: Músicos Mexicanos. Ed. Diana, 1965. México.

8. Lucio Nájera, Rafael (1819-1886). Médico. Nació en Jalapa, Veracruz. Después de estudiar en San Luis Potosí, vino en 1838 a la ciudad de México, ingresando en el Establecimiento de Ciencias Médicas. En 1841, todavía estudiante, gana por oposición la plaza de ejercicios prácticos de Medicina Operatoria. En 1842 obtuvo su título y apenas recibido fue nombrado director del Hospital de San Lázaro, cargo que desempeñó durante 17 años. En 1845 fue nombrado profesor adjunto de la Escuela de Medicina; en 1847 ocupó la cátedra de Medicina Legal y en 1851, viajó por Europa, visitando las clínicas y hospitales de Fran-

cia, donde obtuvo considerables conocimientos quirúrgicos. Formó parte del grupo de médicos que en 1864 fundaron la actual Academia Nacional de Medicina. Presidente de la misma Academia en 1869 y 1880. Director de la Escuela de Medicina en 1873 y en 1885. Entre sus trabajos científicos debe mencionarse el *Opúsculo sobre el mal de San Lázaro o elefantiasis de los griegos* (México, 1851), escrito en colaboración con el doctor Ignacio Alvarado, donde por primera vez se describe la forma de lepra "manchada", que había pasado inadvertida para los autores anteriores.

9. Manuel Domínguez. (Por la Academia de Medicina). Velada fúnebre en memoria del doctor Rafael Lucio. Gaceta Médica de México. Tomo XXI, Núm. 18. México, 15 de septiembre de 1886. p. 397.

10. Francisco Patiño. (Por la Sociedad de Farmacia). Velada fúnebre en memoria del doctor Rafael Lucio. Gaceta Médica de México. Tomo XXI, Núm. 18. México, 15 de septiembre de 1886. p. 397.

11. Garay, Adrián: *El doctor Lucio. Apuntes biográficos*. La Escuela de Medicina. Tomo VII, Núm. 15. México, 1 de abril de 1886. p. 203. Garay, Adrián: *Rafael Lucio*. La Escuela de Medicina. Tomo VII, Núm. 17. México, 1 de junio de 1886. p. 261.

12. Lucio vivió la época de transición entre el romanticismo y el positivismo; sus ideas clínicas se basaron en la observación, pero siempre se inclinó hacia lo experimental, sin poder concretar los hallazgos por la limitada tecnología de su época. Lucio concibió una medicina de manera científico natural, con bases anatomoclínicas, influencias claras de su educación en Francia.

13. Lucio, Rafael: *Reseña histórica de la pintura mexicana en los siglos XVII y XVIII*. Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, 1863. p. 253.

Idem. F. Abadiano, Editor, México, 1864.
Idem. Ofna. Tip. Sría. de Fomento. México, 1889

14. Toussaint, Manuel: *Prólogo-diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Col. Biblioteca Americana, México. 1947. p. 10.

15. Couto, José Bernardo (1803-1862). Nació en la ciudad de Orizaba, Veracruz; murió en la ciudad de México. Cursó humanidades y jurisprudencia en San Idelfonso, de México, donde obtuvo el título de abogado en 1827. Pasante del licenciado José María Torres Cataño, relator de la Audiencia; ejerció al lado del doctor José María Luis Mora; miembro de la legislatura veracruzana en 1828; Consejero de Estado en 1842 y Ministro de Justicia en 1845 (14 agosto-19 octubre). Comisionado para entablar las negociaciones de paz en 1847, obtuvo para México todas las ventajas posibles. Retirado a la vida privada, vivió de su profesión. Presidente de la Junta Directiva de la Academia de San Carlos, mejoró el plantel, ordenó las galerías de pintura de la antigua escuela mexicana, y organizó los cursos de pintura, escultura, arquitectura y grabado.

16. Couto, José Bernardo: *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Escalante. México, 1872.

17. Discurso del doctor Rafael Lucio en la Escuela de Medicina, al quedar instalada la estatua de San Lucas, realizada por el artista Martín Soriano. La Sociedad, Vol. 6 Núm. 1041 (2a. época). 8 de noviembre de 1860.